

CAPÍTULO IV

PRIMEROS CALIFAS, 633-661.

Quizá Mahoma parece grande, si bien solamente a los ojos de aquellos que se postran en adoración delante del triunfo, que se dejan deslumbrar por rápidas victorias, por las agitaciones violentas y por el estermio, única señal por la cual atestiguará el Profeta su misión divina. Hubo, en efecto, algo de prodigioso en ver a sus compañeros deramarse por todas partes con la velocidad y los resultados del simon de sus desiertos; porque aun no conocía la historia un imperio y una creencia, fundados en tan corto espacio de tiempo sobre tan vasta extensión de territorio. Los que atribuyen este resultado a la indulgencia que otorga el islam a los sentidos, acreditan muy poco conocimiento del espíritu humano, que se inclina preferentemente hacia lo que se presenta bajo aspecto más riguroso. Creemos más bien que fué ayudado por el anuncio de una reforma de las demás religiones: de esta suerte juntó el islam, a la ventaja que proporciona el ataque, la persuasión impetuosa de una creencia reciente. Colocado después sobre el trono en la persona misma de su profeta, organizó la sociedad en conformidad de la fe; impuso a los vencidos instituciones modeladas sobre ésta, creando un poder único, absoluto, y por consiguiente efficacísimo para mantener la armonía.

Al revés, en los países comarcanos se hallaban fraccionados los árabes y los berberiscos en tribus hostiles; estaban desgarrados los persas por discordias intestinas, hasta tal punto, que en el discurso de cuatro años, la corona de Artaxares cayó en cuatro distintas sienes, y apenas se habían reunido sus sufragios, sobre Isdegerdes, mozo de quince años, cayó el ejército musulmán sobre ellos. En el imperio griego estaba paralizada la fuerza de una monarquía absoluta y de una civilización antigua por las heregias y las disputas, y solo contaba para su sostenimiento con extranjeros brazos. Además,

estos dos reinos habían luchado uno contra otro, y agotándolos a ambos las victorias alternativas de Cosroes y de Heraclio, habían preparado su debilidad contra un enemigo cuyas fuerzas se encontraban intactas. Por otro lado, a los súbditos, agobiados de impuestos, cansados de reiteradas facciones, mortificados por sus creencias, no les inspiraba valor para resistir a la invasión, el amor de la patria y de su gobierno. Animados por la sed de botín y de matanza, ávidos de conquistar mujeres y un paraíso prometido a la victoria, los árabes que caían sobre aquellas poblaciones, tenían a su cabeza generales que les gritaban: «Dios vive y os contempla. ¡Pelead! delante de vosotros están las huris de ojos negros y de seno de alabastro: detrás el infierno.»

Intolerancia.—Mientras el Profeta fué débil, solo supo predicar la tolerancia y la libertad de conciencia; nada más dulce que los capítulos que publicó cuando estaba refugiado en Medina; pero mudó de lenguaje a medida que se aumentaron sus fuerzas, y desde entonces respiró odio el Corán y estermio a los no creyentes. Entonces debía escucharle mejor un pueblo belicoso y sanguinario; todo el que adoraba a muchos dioses, ó a ninguno, fué, de consiguiente, para los árabes, un enemigo a quien hacer desaparecer de la superficie de la tierra. Pero como la desesperación hubiera producido una indomable resistencia, se determinaron los sucesores del Profeta a la tolerancia, respecto de los países situados fuera de la península. Permitióse, pues, a los indios conservar sus pagodas; cristianos y judíos pudieron escoger entre el islam y un tributo. Si conquistaban un país, quedaba el monje dispensado de sus votos, puesto en libertad el deudor y el delincuente, redimido el prisionero de guerra, y se admitía a los vencidos a los derechos de los vencedores, a condición

de hacerse musulmanes. Son educados los niños en la fe nueva, las mujeres de los creyentes obligadas a abrazarla: ahora bien, costaban tan poco una profesión de fe y la circuncisión, que no debe causar extrañeza que adquiriera tantos prosélitos la religión del Profeta, cuando no exigía de ellos instrucciones preparatorias, ni pruebas, ni esfuerzos de virtud ni abdicación de la razón.

Aquellos que no renegaban de su creencia, permanecían espuestos a los furores del pueblo y de los soldados, a las persecuciones de sus hermanos apóstatas; ó bien tenían que sufrir a consecuencia de la arrogancia de los califas, que a medida de su capricho, empleaban, como agentes de confianza, a judíos y a cristianos, ó los trataban como enemigos. Con posterioridad, se intimó a los cristianos que, para distinguirse de los demás súbditos, usaran turbante de un color diferente, prohibiéndoles montar caballos y mulas; debieron ir sentados en asnos a semejanza de las mujeres; se determinó el tamaño de sus edificios públicos y privados; se vieron obligados a ceder la derecha en las calles y en los baños, y a no dar publicidad ninguna a su culto; eran castigados con la muerte, si ponían los pies en una mezquita, ó intentaban convertir a un musulmán. Después de transcurridos tantos siglos, cuando las victorias y el comercio han mezclado a las naciones, vanamente se ha entibiado el celo de los musulmanes y se ha introducido la civilización en su seno; todavía se oye en la ciudad más ilustrada el insulto de *perro cristiano*, persiguiéndolos constantemente: corre peligro vuestra vida, si penetráis en Damasco; por aquí se puede juzgar de los padecimientos de los vencidos en los primeros tiempos, bajo la ponderada tolerancia de los hijos de Mahoma (1).

Apenas cerró los ojos el Profeta, (632), hubo cuestiones sobre la elección de su sucesor en Medina. Pretendían los modgerianos reservarse la elección, por haber abrazado el islam antes que nadie; los ansarianos porque lo habían defendido, y hubiera corrido sangre entre ellos, si Osama, que tenía en Jorf su campamento, no hubiera acudido con su ejército y plantado el estandarte sagrado delante de la puerta del Profeta, y mantenido el orden.

Disputábase la elección entre Ali, Omar y Abu-Berk. Tenía el primero un derecho hereditario a ella, como hijo de Abu-Taleb y como esposo de Fátima, hija única de Mahoma. Además, el Profeta le había declarado su califa en un momento en que la ambición no hacía desear un puesto que esponía a muchos peligros, sin proporcionar honor ninguno. Pero se pronunciaba en contra de Ali

(1) «Lejos de reducir los árabes a servidumbre a los pueblos vencidos, los consideraron como hermanos, y les daban parte en los privilegios de la nación dominante, con tal de que abrazaran el islamismo; eran, además, justos, benéficos, generosos.» MULLER, *Hist. univ.*, lib. VIII.

Aichah, esposa predilecta por el Profeta, que, al recoger su último suspiro, había venido a ser sagrada para los musulmanes; hacia ella memoria de que Ali se había negado a prestar ascenso a su justificación en la famosa noche en que se había extraviado fuera del campamento. Omar era la cuchilla de Mahoma, quien había dicho de él: «Si Dios quisiera dar a la tierra un nuevo profeta no eligiría a otro que a Omar.» Abu-Bekr, suegro del Profeta, tratado por él con todas las distinciones de valimiento que merecían sus servicios, y encargado de hacer en su nombre la oración de la mezquita, cuando ya no se lo permitían sus fuerzas, era sostenido vigorosamente por Aichah. Venció, pues, a sus dos competidores, y los chaiques le tendieron la mano derecha; ceremonia de inauguración, a que se substituyó más tarde la de ceñir la espada de dos filos y prestar juramento de fidelidad. Omar, sinceramente adicto al islam, hizo a la paz el sacrificio de su ambición. Ali se vió obligado por las armas a obedecer, ó a lo menos a aparentarlo; pero gran parte de los musulmanes, proclamó siempre sus derechos y persistió en considerar a los primeros califas como usurpadores.

Contentáronse los sucesores del Profeta con el título de califas (*Calif resoul Allah*), vicario del enviado de Dios, reuniendo como él la autoridad temporal y eclesiástica, interpretando la ley, haciendo la oración y predicando en la mezquita; culto social de la nueva religión.

Entretanto se despertó entonces entre muchos árabes el amor a su antigua independencia. Subleváronse los habitantes de la Meca para restablecer el gobierno de un corto número, y fueron mantenidos a raya por Sohail, uno de los principales coreichitas; otros se entregaban de nuevo a las fiestas de la idolatría, a las esperanzas del judaísmo y a los consuelos del cristianismo: alentados igualmente por la fácil empresa del Profeta, meditaban nuevas revoluciones y un nuevo culto.

Los dos impostores.—Moseilama, uno de los dos apóstatas que se había levantado cuando aun vivía Mahoma, era uno de los principales de la tribu de los oneifas en el Yamana; publicó visiones del género de las del Corán y encontró gran número de sectarios. En su consecuencia escribió en estos términos al Profeta: *Moseilama, apóstol de Dios, a Mahoma, apóstol de Dios. Sea tuya la mitad de la tierra y la otra mía. A lo cual fué respondido: Mahoma, apóstol de Dios, a Moseilama impostor. La tierra es de Dios: la ha caído en herencia a aquellos de sus siervos que han sido de su agrado. Prosperará el que le tema.* Viendo que no había esperanza de ganar a su competidor, se unió Moseilama en misión y en cariño a la profetisa Sejjeh, y se aprovechó del entusiasmo que ella suscitara para hacerse parciales, especialmente cuando la muerte de Mahoma dejó vacante en la tierra el puesto de profeta. No siendo el islam una religión en que las disensiones se resuelvan por discusiones y concilios, envió Abu-Bekr al valero-

so Kaled, hijo de Walid, quien derrotó al onefita, matándole juntamente con diez mil de sus secuaces, y aquella derrota dió para siempre á Moseilama el título de impostor. Al-Aswad, que tambien se habia separado de Mahoma, suponía estar en relacion con dos ángeles. Habiéndole valido su elocuencia y su destreza gran número de parciales, habia ocupado el Yemen; pero fué asesinado por los suyos en la noche que precedió á la muerte del Profeta. No salieron más airosos los que se propusieron imitarle.

Abu-Bekr y sus dos sucesores, aunque valientes en las armas hasta entonces, no volvieron á empuñarlas desde que ocuparon la sede suprema, considerándose más bien como jefes de la religion, y enviando generales para extenderla al frente de los ejércitos. Queriendo Abu-Bekr continuar la ejecucion de los proyectos de Mahoma con la conquista de la Siria, dirigió esta carta á los árabes para llamarles á la guerra santa: «En nombre de Dios misericordioso, salud á todos los verdaderos creyentes y caiga la bendicion sobre vosotros. Alabó al Dios todopoderoso y oro por Mahoma su profeta. Pongó en vuestra noticia que me preparo á enviar los creyentes á la Siria, para arrancarla de las manos de los infieles; y he querido informaros de que pelear por la religion es un acto de obediencia á la voluntad de Dios.»

Una muchedumbre inmensa y fanatizada respondió á este llamamiento. Habiéndola pasado revista y bendecido el califa, confió el mando de ella á tres valientes capitanes, Abu-Obeidah, Amru y Kaled. Anduvo la primera jornada á pié delante del ejército, sin consentir en que nadie se apeara por esto del caballo, siendo igual el mérito en lo que se hace en servicio del Señor. Cuando se despidió de sus generales, les habló de este modo: «Acordaos de que os hallais en presencia del Señor y próximos á la muerte. Evitad, pues, la opresion y la injusticia: deliberad de acuerdo con vuestros hermanos, y conservad el amor y la confianza de vuestras tropas. Portaos por la gloria del Señor como cumple á hombres valerosos, sin volver nunca la espalda: pero perdonad á las mujeres, á los niños, á los ancianos, á las palmeras, mieses, frutos y bestias, salvo lo que sea necesario para vuestro sustento. Antes de hacer la guerra á los pueblos, invítadles á abrazar la verdadera fe; si celebráis tratados, no falseis á ellos. Adelantandoos encontrareis religiosos que viven en monasterios para servir á Dios; no les degolleis, ni destruyais sus asilos. Encontrareis otros con la cabeza rapada en figura de corona (2); cortad á éstos la cabeza sin contemplacion ninguna, á menos que quieran hacerse musulmanes ó pagar el tributo.»

(2) La tonsura era la señal distintiva de los sacerdotes: los monjes, en su mayor parte legos, llevaban los cabellos largos. Es difícil determinar la diferencia que establecia entre ellos el califa; es probable que se atuviera á la voz del vulgo.

Abu-Bekr estableció, además, con sujecion á las prescripciones de Mahoma, que se hicieran cinco partes del botin, cuatro para el ejército, una para los jueces, maestros, poetas, viudas y huérfanos. Pero á pesar de recomendaciones y de órdenes, á pesar de la prohibicion de resucitar la memoria de antiguas disensiones, de promover disturbios, ó de beber vino, no debe aguardarse moderacion ni disciplina por parte de estas bandas desordenadas de árabes acostumbradas á la rapiña; pues Mahoma, al presentar como base de la victoria el entusiasmo de la fe y la esperanza de las recompensas futuras, no habia alterado en nada el sistema militar de sus compatriotas. Siempre eran guerreros casi desnudos; peleando á pié con arcos y flechas, ó á caballo con la lanza y la cimitarra; manejando sus armas con más habilidad que arte, y acreditando un valor particular en los combates cuerpo á cuerpo: por lo demás, ejercitados en el saqueo, en hacer incursiones por bandas sueltas, sin máquinas de guerra, tanto para la defensa de un campamento como para el ataque de las murallas, montaban caballos ligerísimos y dóciles en extremo, con los cuales cargaban, huian, volvian á la carga sin cansarse. Tampoco presentaban sus ejércitos una linea compacta de guerreros, sino muchos cuerpos distintos de caballería ó de arqueros, sucediéndose uno á otro, y renovando de esta suerte el combate muchas veces al dia, de tal modo que el momento en que el enemigo cantaba ya victoria, se hallaba asaltado de nuevo, y acababa por ceder después de agotar todas sus fuerzas.

Kaled.—Habiendo sido distribuido el ejército en dos divisiones (3), Kaled, apellidado la *espada de Dios*, fué encargado del mando de una de ellas, el cual, á causa de haberle hecho invulnerable una túnica de Mahoma, era designado en todas las circunstancias difíciles por la confianza de los guerreros, y poco le importaba mandar en jefe ó pelear como simple infante, con tal de que sirviera la causa de Dios. Marchó contra los príncipes Al-Mondar, que hacia muchos siglos gobernaban el Irak, bajo la alta proteccion de la Persia, y en breve enarboló el estandarte del Profeta sobre los baluartes de Hira y de Ambar; mató al último de estos príncipes y sometió al pueblo, al cual impuso un tributo de setenta mil monedas de oro.

Abu-Obeidah.—Entretanto el pacífico Abu-Obeidah se adelantaba hacia la Siria, al Oriente del Jordan. Los emperadores que la habian llamado Arabia para jactarse de triunfos alcanzados sobre indómitas tribus, la habian guarnecido de plazas fuertes, como Hierasa, Filadelfia, y especialmente Bosra. Los moradores de esta última ciudad, que

(3) La mejor narracion que hay de estas expediciones, tiene por autor á SIMON OKLEY.—*Conquest of Syria, Persia and Egypt, by the Saracens*. Lóndres, 1718, obra concluida en la prison. Es importante la *Historia de los califas* publicada en 1846 por Heil, profesor en Heidelberg.

se habian ejercitado en las armas repeliendo las incursiones continuas de los sarracenos, opusieron una vigorosa resistencia á los cuatro mil hombres que llegaban á acometerlos sin máquinas de guerra y sin provisiones de víveres. Iban á retirarse los sitiadores, que no aguardaban semejante recibimiento, cuando la llegada de Kaled reanimó el valor de las tropas; ayudándole la supersticion y la traicion, consiguió penetrar en la ciudad. Sin detenerse un punto corre á asediar á Damasco, capital de la Siria (633), á la cual ofrece la alternativa habitual de cambiar de fe ó de pagar tributo; pero á pesar de los prodigios de una infatigable valentia, resistieron los cristianos con la constancia que da un peligro personal, y con tanto éxito, que hubo necesidad de llamar á todos los sarracenos para que llegaran á hacer frente al ejército que el emperador Heraclio enviaba en socorro de la plaza.

Este príncipe debiera haberse puesto entonces á la cabeza de sus tropas, como lo habia hecho en la guerra de Persia, á fin de oponer la táctica y el buen concierto á la desordenada furia de invasores tan vecinos y tan peligrosos; pero cautivado de nuevo por los dulces ocios y por las discusiones escolásticas, se contentó con enviar un numeroso ejército que, sostenido por las tradiciones de la disciplina romana, preparó un terrible choque á los musulmanes reunidos en masa cerca de Eznadim (15 de julio). Sin embargo, tuvo que sucumbir al fanático esfuerzo de gentes que se precipitaban sobre el enemigo gritando: *¡A la muerte, al Paraíso!* y fué derrotado completamente (4).

Toma de Damasco.—Envanecidos los sarracenos con su victoria, volvieron á caer sobre Damasco (634), donde Tomás, deudo de Heraclio, dirigió los esfuerzos de los sirios y sostuvo su denuedo

(4) Relacion de la batalla de Eznadim.

«En el nombre de Dios misericordioso. Kaled, hijo de Walid, á Abu-Bekr, sucesor del apóstol de Dios. Alabanza á Dios, único y solo Dios; fuera de él no hay otro Dios. Su profeta es Mahoma, sobre el cual le plazca extender sin fin la bendicion divina, y á quien doy fervorosas acciones de gracias por haber destruido la idolatria y abierto los ojos á los que vivian en el error. Sabe, ¡oh caudillo de los fieles! que nos hemos encontrado con el ejército de los romanos á las órdenes de Verdan, prefecto de Ems, que habia jurado por Jesús vencer ó morir, y ha muerto. Con la asistencia divina, nosotros que tambien habiamos jurado vencer ó morir, hemos vencido. Decretado estaba que fueran vencidos nuestros enemigos; por eso nosotros hemos quedado vencedores. Alabanza á Dios: hemos matado á más de cincuenta mil enemigos; el resto se ha dispersado como el polvo en el desierto. Hemos perdido cuatrocientos setenta y cuatro hombres, que gozan de la gloria celeste. He escrito esta carta el 30 del primer mes yomada, mientras me hallaba en camino para volver de Eznadim, donde se ha dado la batalla, á Damasco. Ruega por nuestras prosperidades ulteriores y por nuestros triunfos. Adios: paz y bendicion sobre tí ¡oh sucesor del Profeta! y sobre los verdaderos musulmanes.

levantando á la vista de los dos ejércitos un crucifijo y á sus piés el Evangelio. Setenta dias duró el asedio: por último, careciendo ya de víveres los habitantes de la ciudad, y habiendo perdido toda esperanza de socorro, solicitaron entrar en capitulaciones. El bondadoso Abu-Obeidah consintió en ello, y entró en la ciudad para fijar las condiciones; pero habiéndose entibiado la vigilancia de los habitantes durante las conferencias, Kaled, á quien parecia una derrota vencer á medias, atacó la ciudad por otro lado y sembró en ella la matanza. Gran trabajo costó á Obeidah poner término á aquel desman, invocando el nombre de Dios y del Profeta, y fijó el precio á que podian comprar la tolerancia de su religion los vencidos. No pudiendo resignarse á la sumision Tomás y cuantos hombres habia de corazon esforzado, se atrincheraron en un campamento vecino desde donde se escaparon luego. Hubieran conseguido salvarse si el renegado Jonás no hubiera enseñado el camino que seguian á los sarracenos, quienes, avanzando á ciento y cincuenta millas en el territorio romano, les dieron alcance y les esterminaron completamente.

Muerte de Abu-Bekr.—Abu-Bekr murió sin tener noticia de este triunfo, dos años después del Profeta, habiendo reinado más bien como sacerdote que como guerrero. Habia ordenado á su hija Aichah que formara un inventario de cuanto poseia, para hacer ver si se enriquecia en el califato. Lo que se le habia señalado, á peticion suya, se reducía á 3 monedas de oro, un camello, un esclavo para sostener su dignidad; y todos los viernes distribuía á los pobres lo que le quedaba de la semana. Cuando se sintió próximo á la muerte, encargó á Omar que hiciera la oracion, y como éste le contestara que no necesitaba semejante dignidad, repuso de este modo: *Pero ella tiene necesidad de tí*: luego dictó á Otman, su secretario, las siguientes palabras: «En nombre del Dios misericordioso. Este es el testamento que Abu-Bekr hizo en el momento de salir de este mundo para entrar en el otro, el instante en que creen los infieles, en que no dudan los impios, en que dicen la verdad los embusteros. Designo á Omar por mi sucesor, oíde, obedecede. Si procede con equidad, corresponderá á la opinion que siempre he tenido de él, de lo contrario se le imputarán sus obras. Mi intencion es recta, pero no conozco el porvenir: sin embargo, el que obre mal, será castigado. Adios: la misericordia y la bendicion de Dios sean con vosotros.»

Omar I.—Así, pues, Omar, uno de los sahabeones, es decir, de los antiguos compañeros de Mahoma, fué saludado en su consecuencia príncipe de los creyentes (*emir al-muminin*), y ni aun Alí hizo oposicion ninguna. Halló que la herencia dejada por su predecesor, se reducía á una tosca vestidura y á 5 monedas de oro. En su virtud declaró que no se consideraba capaz de imitar su austeridad; y á pesar de todo tampoco se alimentaba más que con pan de cebada, dátiles y agua. El ropaje con que predicaba estaba remendado por doce partes; y

habiendo llegado un sátrapa persa á rendirle homenaje, le halló dormido en medio de pobres musulmanes sobre los escalones de la mezquita. Como acabara de dar 6,000 dracmas á un mendigo, un amigo suyo le reconvinó por amar más á los estranos que á su propio hijo, á lo cual respondió: «Mi hijo tiene un padre que le mantiene, le viste, y le prepara lo necesario: ese forastero nada posee en el mundo más que la compasión.»

Habiendo caído Refaa de Antioquia en poder de Heraclio, fué interrogado por él en estos términos: «¿Cómo es que Omar se halla tan miserablemente vestido después de haber robado tantas riquezas á los cristianos?—Por el pensamiento de la otra vida y por temor de Dios.» Le volvieron á preguntar: «¿En qué palacio habita el califa?—En uno de tierra.—¿Cuántos criados forman su corte?—Pobres y mendigos.—¿Cuál es su trono?—La moderación y el conocimiento de la verdad.—¿Qué guardias tiene?—Los más valientes unitarios.» Otros añaden que Omar, á quien se preguntaba por qué no se vestía como los príncipes á quienes había avasallado, contestó de este modo: «Ellos buscan los bienes de este mundo, yo el favor del que es soberano de este mundo y del venidero (5).»

Esta economía permitió á los primeros califas emplear todos sus tesoros en dirigir la guerra y dar realce á la paz, recompensando á los veteranos de Mahoma y á los demás que lo merecían. En medio de una sencillez que no les distinguía en nada del más ínfimo creyente, no dejaban sentir á los musulmanes el peso del despotismo á que les acostumbraban. Con esto y con ayuda de su carácter inflexible, robusteció Omar el islam, cuyo tipo ofreció á los creyentes por su repugnancia al lujo y al cultivo del entendimiento. Prohibió la navegación, el embellecimiento de la arquitectura, el uso de otra lengua que la árabe. Introdujo el cómputo de la era mahometana, ordenó que ejercieran precisamente una profesion todos los musulmanes, so pena de ser escluidos de la asamblea de los fieles. Daba exacta cuenta de los tesoros que las conquistas hacían ingresar en las arcas públicas, y exigía que sus generales hicieran lo mismo: por último, cumplió la voluntad del Profeta purgando la Arabia de la presencia de los judíos (6).

Hacia diez años que reinaba Omar cuando Firuz, esclavo persa, lo mató para vengar á su patria (644). Espiró encargando elegir un sucesor á seis de sus compañeros de más nota. Cortarónse

(5) TEOFANES, *Cron.*—CEDRENO, *Hist. comp.*

(6) O no fueron completamente estirpados, ó volvieron más tarde, porque Benjamin de Tudela, halló á muchos de ellos en aquel país por el siglo XII, bajo el nombre de recabitas, y los viajeros modernos hacen subir á cerca de sesenta mil el número de los que se encuentran en la península. Poseen el Pentateuco, los libros de Samuel, de los Reyes, de Isaías, de Jeremías y de los pequeños profetas: son circuncisos, errantes, atrevidos, é imponen tributos á las caravanas. Véase WOLF.

los devotos musulmanes sus cabellos en señal de luto, para ornar con ellos su tumba.

Otman.—Alí hubiera sido elegido en este momento, si no hubiera rehusado la condicion á que se le obligaba de someterse, no solo al Coran, sino también á la tradicion; dióse, pues, la preferencia á Otman, que había sido secretario de Mahoma (6 de noviembre). Este, débil y cargado de años, confió á otras manos la direccion de los negocios y el mando de los ejércitos; se dejó dominar por su familia y por sus amigos, y tiranizó siendo también él tiranizado. Introdujo la pompa extranjera, no solo construyendo en Cufa una mezquita que podía dar cabida á cien mil personas, sino también permitiendo á sus cortesanos el lujo y las riquezas que se vedaba á sí propio. No menos devoto que sus predecesores leía de continuo el Coran, predicaba regularmente, hacia obras caritativas; pero habían cambiado los tiempos, y estas virtudes no bastaron á atajar los desórdenes y los disgustos que estallaron por todas partes en el dilatado imperio. Reunieron en Medina los sediciosos, pidiendo á voz en grito que administrase justicia ó resignara el mando. Después de haberle tenido bloqueado dentro de su palacio por espacio de seis semanas, una oleada de rebeldes acabó por asaltarle á viva fuerza, y fué muerto Otman, mal defendido por el Coran, que había colocado sobre su pecho.

Alí.—Después de cinco días de anarquía, los antiguos compañeros de Mahoma tendieron su mano derecha á Alí, reconociendo al fin su derecho (656). Dirigióse á la mezquita para hacer la oracion vestido con una tela de algodón de listas, con un tocito turbante, llevando sus babuchas en una mano y apoyándose con la otra en su arco. Parece que no tuvo parte alguna en el asesinato de los dos califas anteriores. Dijo á los que le eligieron: «Acepto vuestra oferta; os gobernaré lo mejor que pueda: si quereis dispensarme de este cargo, seré uno de los más sumisos y obedientes respecto de aquel á quien me deis por soberano.»

Llevaba al trono la esperiencia y no la flaqueza de los largos años, y parecía que había de mandar según las tradiciones del Profeta; pero su reinado fué desde luego perturbado por la rebelion de dos chaires poderosos, Talha y Zobeir: ambos habían aspirado al califato, uno sostenido por Aichah, otro por los egipcios, y entonces aspiraban á obtener en premio de sus servicios el Irak y la Siria, de que se apoderaron á viva fuerza. Aichah, enemiga irreconciliable de Alí, hizo cundir el rumor de que había sido cómplice del asesinato de Omar y de Otman, y venerada como era en calidad de madre de los fieles, dió un carácter sagrado á la causa de los rebeldes.

Jornada del camello.—La guerra civil era inevitable; llegóse, pues, á las manos y Alí salió victorioso en la batalla de Basora, donde fueron muertos Talha y Zobeir, y donde cayó prisionera Aichah, que seguía al ejército sobre un camello,

siendo después enviada, sin que se la dirigiera cargo alguno, cerca del sepulcro de su esposo.

Mohaviah, hijo de Abu-Sofian, fué para Alí más temible adversario. Sostenido por los sirios, por Amru, gobernador de Egipto, y por la familia de Ommia, se proclamó vengador de Otman, haciendo poner de manifiesto sobre la cátedra de Damasco el cañan ensangrentado con los dedos cortados á su mujer que quería defenderle. Tomó en esta ciudad el título de califa, levantó tropas y encontró el ejército de Alí cerca del Éufrates (658). Cien días permanecieron frente á frente ambos rivales: repugnaba á uno y á otro empeñar una lucha en que debía correr en los dos bandos sangre de los fieles. Especialmente Alí intimó á los suyos, bajo las penas más severas, no atacar y limitarse á repeler la agresion, no cebarse en los fugitivos y respetar á las prisioneras; después propuso á Mohaviah decidir la cuestion por medio de un duelo que no fué aceptado. Esto era por su parte generosidad y no miedo, porque, empeñado el combate, montó á caballo y con la grande espada de dos filos atacó ferozmente gritando á cada cabeza que hacia rodar por el suelo; *Allah akbar* (*Dios es vencedor*); grito que se oyó repetir cuatrocientas veces después de cerrada la noche.

Por lo que hace á Mohaviah, enarbolando el Coran en la punta de su lanza, decía que apelaba á este libro de la justicia de su causa, tanto, que los musulmanes timoratos, que concedían á Aichah la veneracion que Alí le negaba, se pasaron á las filas de aquel, y el yerno del Profeta se vió obligado á someter sus derechos á un arbitraje. Amru fué escogido por Mohaviah, y Muza por Alí, para que fallaran entre ellos. Resolvieron que uno y otro depondrían la dignidad de califa, á fin de que se pudiera proceder libremente á una nueva eleccion. En conformidad á lo que se había convenido, Muza proclamó la abdicacion de Alí, pero entonces Amru, apelando á la astucia, rehusó hacer otro tanto respecto de Mohaviah: lejos de esto, le saludó como califa único. Tanta deslealtad encendió nuevamente la guerra, y el Irak y la Arabia fueron inundados de sangre. Hallábase dividida la autoridad entre Alí, Mohaviah y Amru, independientemente de un partido de careyitas fanáticos que blasonaban de querer conservar la pureza de islam. Discurriendo entre sí tres de estos últimos sobre tales divisiones, convinieron en ponerlas término matando cada uno de ellos á uno de los tres caudillos que se hacían la guerra. Uno de los parciales de Amru, sentado en su puesto, en aquel instante recibió el golpe mortal en vez del jefe: Mohaviah quedó solamente herido, y Alí fué muerto á la edad de sesenta y tres años (661).

Considéranle los sunnitas como uno de los cuatro primeros santos; pero, reconociéndole los siitas como el único heredero legítimo del Profeta, maldicen á los otros tres y veneran como santos á los asesinos de Omar y de Otman. Oculto en un principio el sepulcro de Alí para ponerle á cubierto de

los ultrajes de sus adversarios, vino á ser más tarde objeto de veneracion en Cufa, donde los persas, siitas fieles, van á visitarle con devocion suma. Había dicho el Profeta: «Yo soy la ciudad de la doctrina: Alí está á la puerta de ella.» En su consecuencia se le considera como el varon más insigne que ha producido la Arabia después de Mahoma. Se conserva un libro de poesias que se le atribuye, y en el cual se hallan notables sentencias: «Si alguno quiere ser rico sin poseer bienes de fortuna, poderoso sin tener súbditos, súbdito sin tener soberano, renuncie al pecado, sirva al Señor, y encontrará satisfechos estos tres deseos. Dios envió dos medianeros entre él y los hombres: el primero (Mahoma) ha muerto: el segundo permanecerá perpétuamente con ellos; es la oracion.» Decía además: «La mejor intercesion para un delincuente y la mejor penitencia, es confesar su culpa (7).»

Conquistas.—En este espacio de tiempo, se habían alcanzado los más sorprendentes triunfos. Cuando supo Omar la toma de Damasco (8), ensalzó el valor de Kaled, si bien desaprobó su temeridad y le retiró el mando. Entonces se adelantaron los musulmanes contra Heliópolis (*Balbek*) y Emesa. Uniendo á su fanático denuedo la habilidad y la astucia, alcanzaron allí y en otras partes nuevas victorias y se enriquecieron con los despojos de aquella fértil comarca, habitada por una poblacion numerosa. Uno de sus jóvenes guerreros gritaba en el asalto de Emesa: «Me parece que veo á las huris fijar sobre mí sus ojos negros, tan hermosas, que si una de ellas se manifestara á la tierra, haría morir de amor a todos los hombres. Distingo á una con su velo de seda verde y su guirnalda de piedras preciosas en la frente; me hace señas y me llama: *Ven, me dice, ven pronto, por ti languidezco.* De esta suerte era escitado el valor de los musulmanes.

Aun no habían trascurrido dos años (656), y ya habían avasallado el valle del Líbano y la llanura del Oronto. Aperciéndose al fin Heraclio de que no se trataba de incursiones, sino de conquistas, resolvió tentar el mayor esfuerzo de que era capaz el imperio. En su virtud reunió, tanto en Europa como en Asia, ochenta mil combatientes, á los cuales se agregaron sesenta mil árabes cristianos de Gassan. Pero no llegó á medirse personalmente con Kaled, que había recobrado el mando en el día del peligro. Vinieron á las manos los dos ejér-

(7) Los musulmanes no prescriben la confesion, pero concuerdan en atribuirle grande eficacia. Abu Alvat, uno de los primeros contempladores ó sofis, ha escrito un tratado de moral en que prueba que el primer grado de la penitencia es la confesion; y se apoya en el cap. 57 del Coran. «Confesar á Dios sus pecados con verdadero arrepentimiento hará obtener perdon, porque Dios es misericordioso y justo.»

(8) Véase pág. 311.